

¿DONDE ESTÁN HOY LOS PROFETAS?

La tensión entre institución y carisma se ha dado siempre, tanto en el ámbito secular como en el religioso. Es una tensión que la institución pretende eliminar a base de "domesticar" el carisma. ¿Es esto sano y constructivo? Una mirada a la historia del profetismo, de un modo especial al veterotestamentario, nos puede ayudar a responder a esta pregunta y a redescubrir hoy la importancia de lo profético para la construcción de una sociedad y una iglesia nuevas.

Wo sind heute die Propheten?, Stimmen der Zeit, 206 (1988) 183-192.

La profecía nos resulta en la actualidad algo extraño. Sus peculiares formas de experiencia y de transmisión nos resultan inusuales. Las visiones, los sueños, los éxtasis son difíciles de digerir como lo son los barbudos maleantes que alteran el orden establecido, los oradores callejeros y los roqueros melencólicos. Nos recuerdan formas que, consideramos, pertenecen al pasado primitivo. Incluso cuando irrumpen en los ámbitos marginales de nuestra sociedad movimientos espirituales como los pentecostales o pacifistas, los consideramos como supersticiones o productos de la espontaneidad popular. Todo huele a una irracionalidad que no encaja con nuestra modernidad ilustrada.

A pesar de todo, se mantiene aún viva la vocación profética. En América latina la teología de la liberación exige que la iglesia asuma realmente su misión profética y deje oír su voz en contra de la explotación de los pobres. Aquellos que sufren en la iglesia preguntan dónde están los profetas. Precisamente por tratarse de profetas de la iglesia, hemos de volver la mirada hacia los profetas del antiguo testamento. Se busca en los libros sagrados, pero no se sabe exactamente lo que tales libros tienen que decirnos hoy.

A los comentaristas veterotestamentarios que son competentes en el estudio de los profetas, no les resulta nada fácil el estudio de los mismos. Se precisa un análisis arduo de la biblia para comprender dónde están sus orígenes, qué es lo que de ellos y sobre ellos se ha escrito por generaciones renovadas que actualizaron las viejas profecías adaptándolas a las exigencias de los nuevos tiempos. Un estudio tan dificultoso hace que los peritos se olviden de responder a quienes hoy se preguntan dónde están los profetas y qué es lo que se puede aprender actualmente de los profetas de Israel.

Este trabajo consiste en el intento de plantear, por parte de un estudioso del A.T., desde sus inquietudes científicas, las preguntas para comprender la profecía y para hacerla comprender a sus lectores poniéndolas en relación con los problemas de nuestro tiempo. Mi propósito es abordar el tema del mensaje profético y la función que desempeñaron los profetas con respecto a la sociedad a la que brindaron su mensaje. Para la consecución de mi objetivo, me ha parecido oportuno ayudarme de dos conceptos, institución y carisma, que ya Weber estudió con precisión. La tensión de una y otro puede observarse a lo largo de toda la historia.

Institución y carisma

En las sociedades acéfalas se dan, sin duda, instituciones; pero fuera del jefe de familia o del patriarca, no existe ningún cargo. La base de la institución se encuentra en una determinada genealogía que garantiza las reglas de todo comportamiento, recibidas de la tradición. En situaciones de crisis como, por ejemplo, guerras entre grupos, la institución patriarcal resulta ineficaz. Ello hace que aparezca en la sociedad un hombre inspirado para, como jefe, conducir la guerra. Tras la contienda se acaba su función carismática y vuelve a ser un miembro más de la sociedad a la que pertenece.

En una sociedad plenamente organizada adquiere particular importancia la personalización de la cúspide. Así sucede, en general, con el rey y su consejo, con sus administradores y funcionarios. Ahora bien, cuanto más fuertemente se concretiza la institución en cargos personales duraderos, tanto más tiende a fijarse, a inmovilizarse y tanto menos podrá llevar a cabo una acción adecuada a las exigencias de toda una sociedad cambiante. En este momento es cuando surgen los carismáticos que se oponen al poder. Se trata siempre de personalidades críticas que llaman al "cambio" de las realidades existentes o de las instituciones que, anquilosadas, no sirven ya al bien común.

En una sociedad fuertemente organizada, el carismático no dispone en general de fuerza, porque toda ella ha sido concentrada en la institución. Por el contrario, en las sociedades segmentadas, al evitarse la concentración de poderes organizados, es más fácil que, en casos de necesidad, guerras, etc., pueda surgir el hombre carismático. Ahora bien, aunque el potencial de crítica de los carismáticos, en una sociedad muy organizada, es muy limitado, sin embargo suele ser, en razón de su fuerza emocional e intelectual, muy potente cuando se trata de un largo proceso.

Existe otra diferencia cuando el hombre carismático surge de un medio religioso. En efecto, en una sociedad no orgánica, aunque la monarquía se justifique por obra de Dios, sin embargo la religión no suele estar integrada como parte del sistema. Por ello la crítica de aquellos que se presentan como enviados de Dios adquiere gran fuerza al censurar a los reyes que oprimen a su pueblo. Por el contrario cuando se trata de una sociedad organizada en la que las instancias religiosas se han integrado en el mismo, el profeta tiene que enfrentarse con las personas que administran ese poder político y religioso. El profeta no es, pues, sólo un acusador verbal, sino un hombre que con su acción pone en entredicho las vidas y los poderes de los magnates. En su misión arriesga su propia existencia. Este tipo de carisma profético que se dio en el ámbito de Israel, lo encontramos también en los documentos del archivo de Mari que data de mediados del segundo milenio antes de J.C. Parecidas críticas proféticas las encontramos también en otras regiones y períodos del Próximo Oriente.

Tampoco es un fenómeno específico de Israel el que con la constitución del estado aparezcan, y precisamente en la corte, los profetas (recuérdese a Samuel, profeta de Saúl, y a Natán, profeta de David). Los profetas en Israel tienen una fuerte personalidad e irrumpen en nombre de Dios. Vinculados fuertemente a las tradiciones de Israel, con sus denuncias arriesgaron muchas veces su ciudadanía y aun su propia vida.

En todos los pueblos del mundo antiguo, y también en Israel, se dio la lucha entre institución y carisma. Dado que los representantes de la institución no podían sentirse a

gusto con las denuncias de los carismáticos, acometieron la empresa de domesticarlos, es decir, de institucionalizar el carisma. Así pues, los administradores de las instituciones buscaron por todos los medios integrar a sus carismáticos en el organigrama institucional de maneras muy diversas. Intentaron, por ejemplo, vincular al profeta a la organización del templo o de la corte, dotándole de privilegios y alta consideración. También se esforzaron por "institucionalizar" sus métodos o formas de conocer, con la intención de controlarles, sometiéndoles a técnicas científicas garantes de su autenticidad. Con ello se pretendía supeditar la espontaneidad del profeta al ejercicio de la obediencia.

El profetismo en Israel

Los profetas que hablan con fuerza y energía en el mundo de antiguo testamento son aquéllos de los que dan cuenta los libros proféticos. Se trata de un profetismo espontáneo que se opondría a los profetas domesticados por la corte o el templo (esto vale, en cierta medida, para Elías, Eliseo y Miqueas ben Yimlá, de los que nos dan testimonio los libros de los Reyes).

A la época de los profetas "escritores" pertenece de modo especial la distinción entre "profecías de salvación" y "profecías de calamidad". Ello se debió a que los profetas "domesticados" consideraban positivo el *statu quo* y la política de su tiempo, dando lugar a profecías de salvación. A ellos se oponían los auténticos profetas que se mostraban inconformistas y críticos y profetizaban calamidades ante las injusticias que abominaba Yahweh. Esto no quiere decir que estos últimos sólo anunciaran castigos; sin embargo en ellos prevalecía un talante perturbador del orden establecido. Ello explica que en tiempos de Jeremías se considerasen semejantes anuncios como criterios de una auténtica vocación profética.

Al establecimiento de lo "crítico-carismático" va unido que se recopilaban las profecías en libros escritos. Esta necesidad de poner las profecías por escrito, se debió a diversas circunstancias. Veámoslas.

1. El hecho de que los primeros destinatarios de las profecías, los reyes, fuesen perdiendo importancia histórica, hizo que los profetas se dirigiesen al pueblo, dando con ello ocasión a que se pudiesen recoger por escrito sus anuncios proféticos. Tal situación se dio en Israel en los tiempos hegemónicos del reino neasirio.
2. Al profeta se le prohibió toda actividad pública y hasta se le persiguió policialmente. Por ello se vio obligado a actuar en la clandestinidad y darse a conocer por medio de sus escritos. Tales fueron los casos de los profetas Isaías y Jeremías.
3. El profeta o sus seguidores consideraron que era importante conservar los anuncios proféticos de cara a situaciones semejantes que podrían darse en el futuro. Es probable que haya que ver en esto la causa que dio origen al libro de Oseas y de otros profetas posteriores.
4. Las catástrofes que llevaron a Israel al exilio y a la diáspora, no permitían otro tipo de comunicación que el testimonio escrito. Esto se puede comprobar en forma de cartas en Jeremías y en forma de libro en el Deuteroisías.

Finalmente junto al fracaso del profetismo institucionalizado, arriba mencionado, se dio otro fenómeno importante en el ámbito de la historia de Israel. Nos referimos a la ampliación de las perspectivas proféticas que superando su sentido crítico del momento, adquiere nueva significación en relación con situaciones venideras. Es lo que suele acontecer cuando se aplica la profecía a lo "escatológico". También sucede que cuando el profeta no es escuchado e irrumpe la desgracia anunciada por él, todavía pueden darse profecías que anuncien una esperanza de futuro. Así Oseas, por ejemplo, enlaza sus profecías de castigo con promesas de salvación para después de la catástrofe.

El profetismo en el mundo de hoy

Hasta aquí ha llegado nuestra investigación en orden a lograr una visión de lo profético en Israel y de su carácter crítico e inconformista. Ahora pretendemos estudiar el fenómeno de lo profético en nuestro mundo contemporáneo tomando en cuenta dicha función crítica. ¿Dónde encontrar hoy la correspondencia al profetismo ya estudiado? Abordaré esta cuestión teológicamente. Para ello tengo que remitirme al profetismo veterotestamentario.

Como vimos, en Israel aparece una nueva concepción de profetismo que tiene como fundamento el principio que caracterizó la historia de Israel desde sus orígenes, a saber: que el pueblo elegido por Dios tiene una función distinta a los demás pueblos y es, en cierta manera, su instancia crítica. Obviamente esto debió acontecer al comienzo de modo no reflejo. No así después, es decir, cuando el profetismo tanto del exilio y del postexilio, como la apocalíptica anunciaron la venida de un mundo mesiánico al final de los tiempos. Según Joel 3, acontecerá al "final de los tiempos" que el espíritu profético se derramará sobre todos los hijos de Israel y no sólo sobre los profetas. Esto equivale a decir que todo el pueblo de Dios será profético. La iglesia primitiva, por su parte, tuvo conciencia de que con la glorificación de Cristo había llegado "el fin de los tiempos".

Si desde un punto de vista teológico preguntamos dónde se encuentra hoy el carisma que pueda librar al mundo de su ruina, sólo se puede contestar que en la iglesia. Desde el momento en que, a partir de la glorificación de Jesús, comenzaron los "últimos tiempos" de la historia de la humanidad, la iglesia en su totalidad es el lugar donde se da el profetismo con respecto a todos los acontecimientos de la humanidad. Esto incluye también el que todos los cristianos gozan de la función profética y carismática.

Pero ¿somos hoy nosotros, los cristianos, los profetas de nuestro tiempo? Si miramos al papa y a los obispos diremos que son algo así como la voz pública universal de la conciencia, en tanto que las teologías de la liberación y las comunidades de base del tercer mundo lo son en el ámbito no magisterial. Ahora bien, si miramos a las comunidades cristianas comprobamos que su función profética es muy mesurada y ello porque tanto las palabras de la jerarquía, como las de los teólogos, están muy lejos aún de la realidad de la vida. A esto se añade que la cristiandad en su conjunto se ha adaptado a la sociedad en que vive, siendo muy pocos los cristianos que, como los profetas, están dispuestos a ser fieles a la Buena Nueva aun a costa de su propia vida.

Dado que el mundo secular no acepta a la iglesia como carisma y que el impulso de lo carismático se extiende en nuestros días a todos los ámbitos de la sociedad, se han producido formas distintas del carisma a las propias del cristianismo de los primeros

tiempos. Estas nuevas formas excluyen del carisma los rasgos propios de los éxtasis, los sueños y las visiones. No se puede plantear la pregunta sobre el carisma en nuestro tiempo sin poner en relación recíproca el mundo secular y la iglesia. Ahora bien, puesto que la iglesia no puede realizar su propio cometido carismático en el mundo, éste ha desarrollado su peculiar carisma. Por otra parte, la iglesia, en la medida en que ha tenido que ir adaptándose a las estructuras del mundo, también ella se encuentra necesitada de desarrollar su propio carisma profético, crítico y efectivo.

En lo referente al carisma propio de la sociedad, que denuncia a las falsas orientaciones del derecho y de las instituciones, hay que decir que se trata de un carisma más racional y técnico de lo que lo fue en las sociedades antiguas. Además, en la medida en que afecta a una sociedad mucho más compleja, dentro de la cual la religión ocupa un lugar limitado, el carisma ha perdido su carácter religioso y deja de apelar a la autoridad de la palabra de Dios. Yo me atrevería a decir que, a partir de la época humanista, la ciencia junto a ella las universidades han asumido una buena parte de la función profética del carisma. Evidentemente también hoy se ha introducido por parte de los poderes públicos la domesticación de los nuevos profetas. Notoriamente la ciencia se encuentra al servicio bien sea del estado o de la economía. Ello sin embargo, no ha imposibilitado que el carisma abandone las instituciones oficiales y levante su voz contra una sociedad injusta, como fue el caso de Marx. Junto a la ciencia, se dan otras formas de carisma crítico; entre éstas podemos citar las del arte, de la cultura juvenil, de los medios de comunicación social, etc.

El profetismo en la Iglesia

Desde el momento en que la iglesia, a partir de la época constantiniana, se adaptó a la sociedad renunciando a su profetismo, el carisma profético se convirtió en algo que tendría como objeto también a la iglesia misma. Así, en continuidad con el profetismo veterotestamentario, aparecen personalidades carismáticas como sucede, por ejemplo, con la mayor parte de los fundadores de órdenes religiosas. Ellos introducen procesos democratizadores y, sobre todo, exigen un retorno al espíritu del evangelio. Sin embargo, con reconocimiento oficial y el encuadre jurídico, que sin duda tiene aspectos positivos, el carisma queda "domesticado" en la iglesia. A esta "domesticación" pertenecen también los procesos de proscripción de quienes no se someten a las normas, los sistemas de control de las nuevas formas del pensamiento teológico, etc., etc.

Si nos atenemos a la esencia del cristianismo y a la estructura intercomunitaria de la iglesia, parece que el modelo profético eclesial debería concretarse en las comunidades cristianas que fueran capaces de interrogar desde su testimonio a la iglesia universal. Por esta razón constituye un signo extraordinario y esperanzador el que estén surgiendo en la iglesia comunidades proféticas de base. Ahora bien, puesto que el profetismo ejercido por las comunidades cristianas asume la tarea que es propia de la iglesia en el mundo, tales comunidades deberán llevar a cabo una doble función profética: por una parte, la que tiene por objeto a la iglesia misma; por otra, la que se dirige contra las injusticias sociales y tiene por objeto a la sociedad secular en general.

Modernamente, en el ámbito del carisma eclesial, se dan formas de expresión referidas a las manifestaciones del carisma secular, como sucede con la ciencia y el periodismo.

Así también la teología puede incluir eventualmente lo profético, aun cuando también suele padecer la "domesticación" por parte de la iglesia oficial.

Sin embargo, hay que tener presente que no todo cuanto la iglesia reconoce como profético queda garantizado como tal. Aquí vale la pregunta de si una revista de Hamburgo, a pesar de su rebeldía, no puede ser un elemento domesticado por el complejo institucional de la República federal alemana. ¿No puede ocurrir lo mismo con algunos teólogos autores de *bestsellers* que se nutren de los "anatemas"? Nosotros, como teólogos, debemos cuestionarnos constantemente si no habremos sido ya "domesticados" o si, por el contrario, somos capaces de interpretar las palabras y los comportamientos de la iglesia, en la medida en que se ha configurado a las estructuras de este mundo, no desde los principios que le son propios, sino -y es triste tenerlo que reconocer- desde los principios del mundo en el que en parte se ha querido integrar.

Lo dicho puede dar lugar a múltiples discusiones. Algunas cosas pueden ser debidamente precisadas. Pero todas, como ya lo indicamos al comienzo, revelan el sentido esencial de lo profético. Ciertamente no nos es lícito silenciarlo. Nosotros no podemos renunciar a tomar en consideración la correspondencia que existe entre el mundo veterotestamentario, en el que se dio la profecía, y aquello que sucede en el mundo y en la iglesia de nuestro tiempo. Si nosotros atendemos a ello, entonces no podemos pasar de largo -ante la cuestión sobre el lugar donde y sobre el modo como podemos encontrar lo profético hoy. Tampoco podemos eludir la cuestión de dónde queremos colocarnos a nosotros mismos en este contexto.

Tradujo y condensó: JOSE ALEU